

*Globalización, posmodernidad, neoliberalismo:
una tríada discursiva hegemónica en Chile
durante los años noventa*

Ignacio Daniel Latorre Marín
Universidad de Chile

INTRODUCCIÓN

Nuestro país es testigo actualmente de procesos contradictorios en los ámbitos cultural, social, político y económico. En una primera mirada, es como si las identidades hubieran implosionado, formando un espectro multilateral de imágenes y discursos con respecto de los cuales ya no parece posible ni validante ningún esfuerzo de verificación y de interpretación científica. Tal vez esta diversidad y contradicción sean hoy más fáciles de observar, a causa de la supuesta crisis de paradigmas de investigación social o de metarrelatos de explicación y liberación, los que nos impedirían ver, cual anteojeras, la diversidad inmanente de la realidad. Por doquier se demuestra que los clásicos principios ordenadores, planteados por la ciencia social en los últimos cincuenta años, ya no son suficientes para interpretar lo que nos pasa.

Es cierto que la realidad cotidiana se nos muestra a simple vista como un terreno confuso de procesos y de objetos. Una revolución de los sentidos es lo que se requiere para aprehender lo esencial y lo útil, en una sociedad que, debido al desarrollo hiperbólico de los medios de comunicación, está enferma de obesidad de información. Cuando nos despegamos de la fuerza hipnótica y gravitacional de esas cajas de pandora que son la televisión y el computador, e intentamos problematizar el cúmulo de discursos e informaciones recibidos a la velocidad de mil símbolos por segundo, toda reflexión se vuelve un esfuerzo casi hercúleo. ¿A quién creerle? ¿Quién tiene la razón? ¿Quién nos engaña?

Un escepticismo anómico nos corroe en el proceso de forjamiento de toda distancia crítica. Los medios de comunicación han cumplido con lo que Baudrillard planteaba de modo profético en 1995: “No hay historia que resista el centrifugado de los hechos o su interferencia en tiempo real”¹.

Frente a todo esto, la modernidad se nos aparece hoy en Chile como un proyecto filosófico, una experiencia vital, una impronta cultural, un ambiente económico y social, profundamente desafiados y problematizados por lo que Touraine llamó la tensión entre la subjetividad y la racionalización². Esta tensión tiene varias facetas:

- En el ámbito cultural, la que se observa entre una industria cultural, que tiende a la globalización y a la internacionalización, y una cultura cotidiana de masas, que tiende a la readaptación / modificación de sus *modus vivendi*, o a actos de rebeldía.
- En la economía, la que se observa entre una racionalización competitiva cada vez mayor, para acceder al concierto global, y la necesidad de una solidaridad extendida, que contrapesa los efectos concentradores de la apertura externa y del mercado.
- En la política, la que se observa entre la estandarización de fórmulas de inserción global (ajuste, dolarización, reducción del Estado, privatización y modernización tecnocrática), y la esperanza, nunca resignada, de realizar proyectos propios de futuro para nosotros mismos y para la sociedad global³.
- En la organización de la vida personal, en fin, la tensión entre una exposición creciente a los mensajes de los otros y la búsqueda de autonomía y expresión propias. En definitiva, se trata de un movimiento epocal, que se percibe en la actual coyuntura nuestra, cruzada por múltiples desafíos, tensiones y contradicciones que se expresan en diversos acontecimientos, discursos y contradiscursos.

1. DE LA GLOBALIZACIÓN Y DE GLOBALISMOS

Las revoluciones portadoras del virus de la globalización

El mundo ha vivido en los últimos treinta años un conjunto de revoluciones profundas y permanentes, que afectan nuestros sentidos y nuestras certezas respecto del presente y del futuro inmediato. A cada instante se suceden nuevos cambios, nuevos descubrimientos, cada uno de los cuales amenaza con transformar completamente lo que hasta ayer parecía definitivo. Pasaremos revista aquí a algunos de los fenómenos que consideramos más significativos en este proceso

y que, en su conjunto, pueden ser considerados como la base de una nueva época. En el mismo examen, intentaremos revelar los nuevos problemas, aquellos que surgen a partir de ese proceso, complejizando la práctica cultural, política, económica, social y cognitiva de los sujetos.

a.- Por una parte, ha desembocado en nuestro pasado inmediato una poderosa revolución tecnológica en el campo de la informática y de las comunicaciones de masas. El desarrollo de la computación, el Internet y las tecnologías domésticas de comunicación provocan una distorsión en nuestra visión de la totalidad. En una mirada optimista (“la tecnología al servicio del hombre”), las escalas de percepción de la totalidad se ven amplificadas por la presencia de nuevos instrumentos de observación que permiten una comprensión de los tiempos y de las distancias, una instantaneidad de los sucesos, una ubicuidad global de los sujetos. Gracias al Internet, a la neodemocracia del hipertexto, accedemos a la comunicación con un universo de diferencias individuales que posibilitan un lenguaje común. El mundo se vuelve una realidad presente e inmediata a causa de la interconectividad. El sujeto cuenta ahora con herramientas que le permiten desarrollarse plenamente, en ausencia de las tradicionales trabas burocráticas y éticas que le imponían las relaciones sociales basadas en técnicas comunicacionales más rudimentarias.

El desarrollo de los medios de comunicación de masas permite la instantaneidad de los sucesos. Irrumpe una sociedad transparente, al decir de Vattimo, que impide toda censura. En cierto sentido, esto revoluciona también las posibilidades de desarrollo de los regímenes democráticos. También se produce una comprensión del tiempo y del espacio. El tiempo, como afirma Castells, se vuelve fuente de valor:

El tiempo se gestiona como un recurso, no según el modo lineal y cronológico de la producción de masas, sino como un factor diferencial en referencia a la temporalidad de otras firmas, redes, procesos o productos⁴.

Chonchol sostiene, por su parte, que uno de los efectos más notables de las nuevas tecnologías de comunicación y de información lo constituye el hiperdesarrollo de los servicios de noticias a nivel mundial, especialmente en televisión. Sin embargo, junto con permitir una mayor difusión del conocimiento, esto “permite un proceso de imperialismo cultural por parte de los medios de comunicación con un número muy reducido de países que producen programas que se presentan en todo el mundo”⁵.

Desde una óptica más escéptica, la emergencia de las nuevas tecnologías estaría creando nuevas desigualdades sociales y nuevas discriminaciones. Entre conectados y desconectados, entre usuarios de equipos computacionales de punta y usuarios de los viejos artefactos, entre los usuarios y los no usuarios, la sociedad

tecnológica se encarga de definir, por la vía de los modelos nuevos que vuelven cada vez más rápidamente obsoletos a los anteriores, esto es, por la vía de los hechos y cada vez menos de los textos, las pautas normativas que definen las distancias entre los integrados y los excluidos.

Por otra parte, la supuesta democracia hipertextual esconde la emergencia de nuevos monopolios. Las ganancias de los multioperadores y multiservidores de Internet durante los últimos dos años han superado con largueza los dos mil millones de dólares. Esto da cuenta de que el móvil fundamental del capitalismo, el afán de lucro, lejos de haber dejado de existir, no ha hecho más que multiplicarse con las nuevas tecnologías, alcanzando, eso sí, niveles nunca antes vistos de plusvalía.

b.- La revolución en el conocimiento y en las tecnologías biomédicas: el congelamiento de óvulos y de embriones, las donaciones y bancos de espermatozoides, el surgimiento de familias multiparentales, la fertilización in vitro, los descubrimientos operados a partir de la clonación de células animales (y ya no tan solo de células vegetales), el genoma humano, etc., auguran para los próximos veinte o treinta años un mundo diferente del que hasta ahora hemos conocido. Para los más optimistas, estamos *ad portas* de la superación de la dicotomía salud-enfermedad, porque con los nuevos avances tecnológicos accederemos a nuevos conocimientos, los que nos permitirán anticiparnos a las enfermedades futuras, encontrando al mismo tiempo la cura para las enfermedades actuales. Los adelantos tecnológicos biomédicos permitirían anticipar nuevas técnicas para determinar defectos o enfermedades genéticas, a través de la manipulación de embriones y de la clonación.

Evidentemente, esta es una revolución paradigmática que, sin embargo, todavía se encuentra en pañales. Pero algunos relatos anticipatorios construyen nuevas posibilidades de discriminaciones sociales, nuevas desigualdades. Pensamos en la discriminación genética, a partir de la cual se podrían construir en un futuro cercano los planes de previsión social de salud.

Ciencia ficción aparte, ya comienzan a percibirse nuevas problemáticas. En primer lugar, la ética y legal, que trae aparejada una intervención en el proceso de gestación de la vida. En segundo lugar, la modernidad industrializante y sus enfermedades y patologías degenerativas han dado lugar, con el cambio de los paradigmas económicos, a nuevas enfermedades (psiquiátricas, *stress*, suicidios, altos grados de frustración, etc), que son propias de la modernidad neoliberal y de la que Chile es el máximo exponente latinoamericano.

c.- La metropolización de las urbes y la crisis urbana: la hipertrofia de las ciudades, la concentración de los servicios, la centralización de los enclaves de decisión económica, la urbanización desenfrenada que reduce los suelos de uso agrícola, la ausencia total de políticas y programas de regulación a nivel regional y nacional,

etc., están provocando en América Latina, y en Chile especialmente, transformaciones profundas en las formas de organización de los espacios, de los flujos de comunicación, de saturación de las vías de transporte, de la concentración de los ingresos.

Según un informe de las Naciones Unidas, en 1950 el 18,8% de la población latinoamericana habitaba en ciudades de más de cien mil habitantes. En 1980 dicho porcentaje se había incrementado a un 43% y para el año 2000 se esperaba que el 57% de los latinoamericanos viviera en dichas ciudades⁶. Evidentemente, la concentración de la población trae consigo la concentración del consumo, la del ingreso y la del poder.

Pero, dentro del mismo plano urbano, emerge en toda su plenitud la imagen de las contradicciones del desarrollo. Me refiero a la emergencia de los grandes bolsones de miseria, de extrema pobreza, de indigencia y, como contrapunto, la existencia de pequeños enclaves urbanos que reflejan situaciones de extrema riqueza. La ciudad de Santiago refleja esa bipolaridad.

d.- La revolución de los mercados: en las últimas décadas se ha venido produciendo una integración acelerada de la economía mundial, que ha permitido el crecimiento de un mercado mundial de capitales y servicios financieros que escapa al control de los gobiernos y Estados nacionales. Este fenómeno ha estado asociado a diversos factores, aparentemente inconexos entre sí. La terciarización de las economías latinoamericanas en desmedro de su desarrollo industrial, que ha quedado postergado por parte de las planificaciones nacionales y entregado a la inversión extranjera; la mundialización del paradigma de la flexibilización laboral, que provoca la ruina de los derechos sociales y laborales conquistados por los trabajadores durante gran parte del siglo XX, despojo que se lleva a cabo tanto en el contexto de regímenes autoritarios como en las democracias neoliberales; la diversificación de los negocios vía Internet, alcanzando niveles de transacciones que ya superan los mil millones de dólares anuales, etc, todo esto ha permitido que la mundialización del capital acelere la internacionalización de las inversiones, de los sistemas productivos, de los flujos comerciales e incluso, de las fuerzas laborales. Como afirma Chonchol, la integración de la economía mundial “es muy positiva para aquellos países suficientemente poderosos como para aprovechar las oportunidades que ofrece el crecimiento acelerado, pero funciona en detrimento de los países y regiones más débiles, los cuales frente a una competencia dura son vulnerables a las fuerzas del capital”⁷.

En efecto, esa parece ser la realidad de los países latinoamericanos. El crecimiento económico de los años setenta dependió, en la mayor parte de la región, del préstamo externo. De modo que, hacia fines de los años setenta, aparece en América Latina el problema de la deuda externa, que adquiere ribetes dantescos en los ochenta, en países como Brasil, Argentina, México, Perú y aun en Chile, donde la deuda externa había pasado desde el Estado a manos de los privados. Entre 1970 y 1980 la

deuda externa se multiplicó por diez en la región (desde 27 mil millones a 231 mil millones). La crisis del petróleo y la subsiguiente caída de los valores internacionales de materias primas y el aumento de las tasas de interés, provocó el colapso de la economía mexicana a comienzos de los años ochenta, la que solo pudo ser salvada a costa de nuevos créditos “puente”, por parte de Estados Unidos. Lo mismo ocurrió con la mayoría de los países de la región que habían practicado políticas económicas de aperturismo comercial.

Desde entonces, al paso que se produce un creciente movimiento de desnacionalización económica, para conseguir créditos internacionales los estados nacionales se ven cada vez más forzados a seguir las directrices neoliberales del FMI, destinadas a bajar las barreras arancelarias, a flexibilizar la mano de obra, a provocar estímulos a las inversiones extranjeras, a la disminución del Estado en la economía interna y a ajustes estructurales desindustrializadores. Solo Brasil resistió hasta mediados de los años noventa la implementación de estas medidas⁸.

Con todo, lejos de disminuir, la deuda externa creció entre 1982 y 1989, hasta casi duplicarse, alcanzando a los 417 mil millones de dólares en el mismo momento en que América Latina transfería recursos por un valor neto de doscientos mil millones a las naciones industrializadas, cuando el PIB promedio de la región descendía en los años 1981-83, y 88-89. No por nada la CEPAL caracterizó a los años ochenta como la “década perdida”.

Existen también otros procesos que permiten profundizar la mirada a las desigualdades económicas en el nivel de las fuerzas productivas. Es innegable que la mundialización del capital ha permitido el fomento de los intereses del capital financiero y de los de las empresas trans y multinacionales, al margen de los intereses de los exportadores de los países desarrollados. Pareciera que en esta competencia mundial las clases dominantes latinoamericanas no tienen mucho que decir. Sin embargo, si agudizamos la mirada, podremos observar que importantes sectores de las elites latinoamericanas se mueven en los ritmos de la mundialización, particularmente los grupos económicos que han logrado una posición de poder en los mercados financieros locales, en la industria electrónica, en los servicios de consumo y de distribución de los productos.

También hay un sector de trabajadores que consigue mantenerse integrado a los sectores más dinámicos de renta, los que se hallan incorporados a los sectores de consumo de bienes de lujo, aparte de los profesionales, ejecutivos, economistas, consultores, abogados, médicos privados y toda una franja social que participa del “éxito” y de los beneficios del modelo económico vigente:

¿Quiénes pierden? Todos los demás. Pequeños y medianos empresarios “atrasados”, pequeños y medianos agricultores, el grueso de la clase media y la mayoría

de la clase obrera. Los cuales pagan el precio del ajuste con su desempleo, con la precariedad de sus condiciones de trabajo y la reducción de sus remuneraciones. Para no mencionar a aquellos que, antes del advenimiento de esta ola conservadora, se encontraban totalmente marginalizados... Caminamos a un Apartheid Social⁹.

e.- La expansión internacional de la democracia neoliberal y el desahucio del Estado nacional: en este contexto de crisis económica, América Latina salió del autoritarismo por la vía de unas democracias débilmente consensuadas, especialmente debido a la presión de los poderosos, para que no se ampliaran las bases institucionales hasta rangos que pusieran en peligro las estabilidades macroeconómicas. En este concierto regional de débil aperturismo político, las transiciones a la democracia estuvieron matizadas por fenómenos folclóricos de traspasos de poder. En este sentido, las transiciones brasileña y chilena marcan la pauta de las nacientes democracias pactadas.

Lo característico de estas democracias emergentes es que han debido optar entre las ya clásicas dualidades de la modernidad occidental: o igualdad económica o libertad con desigualdad; o libertad política pero con débil estabilidad institucional; o fortalecimiento institucional, pero democracia de seguridad nacional; o juicio a los culpables de violaciones a los derechos humanos, pero con la presencia permanente de la amenaza golpista; o procesos de punto final, pero al costo de sacrificar para siempre los niveles de legitimidad social de las nacientes democracias.

De este modo, las nuevas democracias de América Latina han debido bregar con sus propias contradicciones. Hijas de las dictaduras y paridas la mayoría de las veces en condiciones indoloras, pero con presión social, las democracias emergentes nacieron rodeadas de un velo a nivel internacional e interno, de amplio niveles de expectativas sociales.

Sin embargo, solo los sectores medios y empresariales han sido relativamente beneficiados por la implementación cuasi universal de los parámetros neoliberales. Mientras tanto, el 46% de la población de América Latina estaba, en 1990, por debajo del nivel de pobreza y unos 15 millones de personas eran analfabetas. Estas cifras apenas indican el hecho mucho más complejo de que las actuales democracias no han podido resolver los problemas sociales heredados de la implementación de la ortodoxia neoliberal, la que sí ha logrado reducir la inflación promedio regional hasta niveles respirables del 14% en 1994, después de haber estado casi al borde de la asfixia del 130% en 1989. Debido a ello, la base económica principal de sustentación de las nuevas democracias ha sido el aumento de la inversión extranjera, desde 13.400 millones de dólares en 1990, hasta un récord de 57.000 millones en 1994, aunque la mayor parte haya llegado bajo la forma de inversiones de cartera (bonos o acciones), antes que en inversiones directas.

Por estas razones, ciertos problemas estructurales no han sido todavía resueltos en América Latina: desde los años ochenta América Latina registra la peor distribución del ingreso del mundo, incluso por encima de continentes en apariencia más pobres, como África, o en zonas donde la opulencia es tan fastuosa como la extrema miseria (Oriente Próximo): a inicios de los años noventa, el 10% más rico de la población latinoamericana recibía el 40% de la renta total, mientras el 20% más pobre, recibía menos del 4%.

En este contexto de democratizaciones limitadas, débiles y contradictorias, se produce la crisis de los Estados nacionales como resultado de por lo menos dos procesos divergentes. Por una parte, como consecuencia de la acción erosionadora de las fuerzas transnacionales, que los excluyen del terreno “de la acción deliberada, resuelta, potencialmente racional”¹⁰. En este sentido, si lo que había caracterizado al Estado moderno de los regímenes de bienestar había sido el imponer orden, el establecer regulaciones, el normar las competencias y/o suprimir las segregaciones, ahora estas funciones aparecen cuestionadas por la acción de las fuerzas ocultas del mercado global, que todo lo dominan y que todo lo controlan. Así se produce una lenta pero irreversible expropiación de las funciones de control de los Estados, por parte de los mercados.

La única tarea económica que se le permite al Estado y se espera que éste cumpla es mantener un “presupuesto equilibrado” al reprimir y controlar las presiones locales a favor de una intervención más vigorosa en la administración de los negocios y en la defensa de la población ante las consecuencias más siniestras de la anarquía del mercado¹¹.

Entre esas consecuencias siniestras estarían la corrupción, el narcotráfico y el terrorismo (el mercado de armas). El otro proceso que está provocando la erosión del Estado es la emergencia de los poderes locales, consecuencia residual de la transnacionalización de las economías y de la globalización de los mercados. No es extraño que, en este contexto, emerja con mucha fuerza y a veces con un carácter alternativo al poder centralizador del Estado y segregador del mercado, el desarrollo de los poderes locales, autonomías regionales y gobiernos municipales.

Un primer esfuerzo de interpretación hegemónico: el neoliberalismo global

Los procesos antes enunciados han venido a reforzar el desarrollo de las fuerzas productivas dentro del capitalismo y por añadidura, de su ideología dominante, neoliberalismo. Tras la aparición de la no ideología, de la ausencia de paradigmas culturales, ocultos detrás de la globalización de los mercados, de las democracias, de las comunicaciones y conocimientos, emerge con fuerza renovada la ideología

neoliberal, que no se explicita a través de los textos. Sabido es que el neoliberalismo no se despliega a través de constructos teóricos demasiado desarrollados y de allí, tal vez, proviene parte de su eficacia. No requiere más demostración que la propia realidad material mundial.

A ello apunta precisamente la crítica que plantea Santos a la globalización¹². Para este autor, la globalización sería un constructo, una concepción paradigmática que ha irrumpido en todos los aspectos de la realidad social, reordenando las relaciones económicas dentro de un cuerpo conceptual hermético e inalterable. A este cuerpo, él lo denomina el “globalitarismo”. El globalitarismo sería un nuevo sistema político mundial dominado por el mercado. Los disidentes del sistema son marginados, y las críticas que logran articularse logran sobrevivir solo a condición de ser recicladas como legitimadoras del sistema. La idea misma de democracia, como un envase en el cual se realizan las distintas libertades políticas, queda subsumida dentro de una tiranía de la información por parte de quienes sustentan el poder.

Desde una perspectiva diferente, Chonchol observa que, paralelamente al proceso de expansión de los mercados, de la mundialización de los capitales, se produce el desarrollo del proyecto neoliberal. Entre los aspectos que este autor destaca como integrantes del ideario neoliberal, nos parece importante mencionar aquí el papel que se le asigna al Estado.

Otra idea dominante del pensamiento neoliberal es el rol extraordinariamente limitado que se tiene para el Estado. Este es, en general, considerado una carga y hay que liberar a la sociedad del peso aplastante del Estado, sobre todo en materia de impuestos y de reglamentaciones. Pero, cuando se ven afectados los intereses de los privilegiados, el Estado ya no es mirado como una carga, sino como una entidad que tiene que desempeñar un papel activo para ayudarlos a salir adelante¹³.

2. DEL SURGIMIENTO DE UNA NUEVA SENSACIÓN: LA CONDICIÓN POSMODERNA

En la ruta de la emergencia y desarrollo de una posmodernidad global

Huyssen destaca cuatro rasgos típicos del posmodernismo de los años sesenta y que determinan el desarrollo posterior de esta perspectiva¹⁴:

- Imaginación temporal futurista, de ruptura y discontinuidad, de crisis y conflicto generacional. La constelación histórica en la que se configura este posmodernismo de raigambre norteamericana, desde Bahía de Cochinos hasta el movimiento por los derechos civiles, adquiere rasgos específicos contraculturales, aunque no se exprese en técnicas y formas estéticas radicalmente nuevas.

- Ataque iconoclasta a la institución artística, tanto a la modalidad en que se percibe socialmente el arte en la sociedad como a las formas en que se produce, distribuye y consume el arte, especialmente en su rol de legitimación de las hegemonías.
- Optimismo tecnológico. La escatología cibernética y tecnológica de Mc Luhan y el elogio de Hassan a la massmediatización de la sociedad se combinaban bien con las visiones eufóricas sobre una sociedad posindustrial. Esta adopción acrítica de la tecnología influyó poderosamente en los sectores conservadores, liberales e izquierdistas del movimiento e ingresó en el posestructuralismo de los años setenta a través de Lyotard.
- Intento vigoroso y acrítico por validar la cultura popular como desafío al canon del gran arte, tradicional o moderno. Esto se dio bajo la forma de un populismo artístico contracultural, en que lo “posmoderno anunciaba un mundo ‘posblanco’, ‘posmacho’, ‘poshumanista’ y ‘pospuritano’”¹⁵.

En los años setenta se produjo una rápida disolución de la retórica vanguardista europea, lo que produjo una sincronía cultural entre el posvanguardismo europeo y el posmodernismo estadounidense, que se consolidó en torno a la pérdida que sufrió éste de la visión futurista y al surgimiento de cierto escepticismo en los estilos y en los cánones. El optimismo tecnológico se volvió insostenible ante la guerra de Vietnam, el caso Watergate y la crisis del petróleo, y en los Estados Unidos adviene una cultura neoconservadora, absolutamente contraria a los movimientos rupturistas de los sesenta.

En este contexto, un sector del posmodernismo se identificó con el neoconservadurismo emergente en los años setenta. Contra esta alianza lanzó su crítica el marxismo europeo, transformado de pronto en dudoso defensor de la modernidad capitalista, la misma que había criticado previamente. En todo caso, se trata de un marxismo legal, institucionalizado en la elite universitaria y desprovisto de todo contenido revolucionario¹⁶.

Habermas se propuso rescatar el potencial de la razón iluminista, especialmente en contra de quienes estaban dispuestos a confundir razón y dominación, en la esperanza de que al abandonar la razón, nos libremos de la dominación. La crítica habermasiana se mueve en torno a la modernidad ilustrada, que no es lo mismo que el modernismo estético en el cual se ha centrado la crítica posmodernista. En este sentido, Habermas plantea su crítica al posmodernismo, colocando dentro de él a Daniel Bell, a quien considera “el más brillante de los neoconservadores norteamericanos”¹⁷.

Según Bell, se ha llegado al fin de la modernidad, puesto que el imperio ideológico del modernismo, basado en la concepción burguesa de las relaciones humanas que tenían como modelo el intercambio económico y su impulso creador, ha

llegado a su fin¹⁸. Para Bell la sociedad posindustrial vive en contradicción permanente debido a la separación entre la estructura social y la cultura. Mientras la sociedad todavía requiere dotarse de comportamientos apropiados, regidos por la autodisciplina, la restricción y la satisfacción postergadas, la cultura modernista habría difundido en todos los ámbitos sociales la exaltación hedonista del yo, junto con el rechazo a los valores burgueses. Tal cultura antiburguesa es el posmodernismo, que representa un ataque a las pautas motivacionales de la conducta ordinaria, en nombre de la liberación, el erotismo, la libertad de impulsos, etc. Bell pensó que la masificación y universalización a la que lleva el capitalismo provocaba el desplazamiento de los valores fundacionales de la sociedad burguesa norteamericana, es decir, la ética protestante y el temperamento puritano, de modo que la moral tradicional pasa a ser sustituida por la psicología y la culpa por la ansiedad, lo que lleva a una sociedad narcisista. Para Bell, la única vía de superación posible de esta crisis de valores reside en una reformulación de las concepciones religiosas, que sea capaz de generar un *ethos* basado en el sistema de recompensas y motivaciones en la esfera del trabajo y la cultura.

Habermas arremete en contra de Bell, en un ataque que sugiere un antiposmodernismo más que un anticonservantismo. Para Habermas, al dividir sociedad y cultura, Bell se propone criticar la cultura moderna porque ve en ella la disolución de los lazos normativos, provocada por las presiones del impulso económico y administrativo. De este modo, según Habermas, la doctrina neoconservadora esfuma la relación entre el proceso de modernización capitalista de la sociedad, que aprueba por omisión y el desarrollo cultural, del que se lamenta¹⁹.

Es interesante observar que tanto la crítica habermasiana como la crítica neoconservadora se niegan a igualar al posmodernismo con los movimientos intelectuales contrarios. Una cosa similar le ocurre al posestructuralismo europeo, que recoge prestados ciertos conceptos de la crítica posmoderna a la sociedad moderna. El objeto de estudio de Lyotard es la condición del saber en las sociedades más desarrolladas: a esa condición la llama posmoderna, término que designa el estado de la cultura después de la crisis de los relatos. Para Lyotard, "posmoderna" es la incredulidad en los metarrelatos.

Al desuso del dispositivo metanarrativo de legitimación, corresponde especialmente la crisis de la filosofía metafísica y de la institución universitaria que dependía de ella²⁰.

La hipótesis que postula Lyotard es que el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la era posindustrial y las culturas en la edad posmoderna. Si se considera el saber científico como una clase de discurso, la revolución informática provoca transformaciones en el mismo saber. Tanto en su función

investigadora como de transmisión de conocimientos, el saber se exterioriza respecto del sapiente; la concepción de que la adquisición del saber es indisoluble de la formación del espíritu caerá en desuso. El saber perderá su “valor de uso” y se transformará en “valor de cambio”, en mercancía informacional.

¶ Para Lyotard, el ocaso de los metarrelatos es indicio del colapso del lazo social moderno y del paso de las colectividades sociales al estado de una masa compuesta de átomos individuales. El poder se difumina, los partidos ya no son polos de atracción popular, las identificaciones con los héroes actuales son más difíciles. Ya no hay una clase política tradicional; ahora la “clase política” la integran jefes de empresas, altos funcionarios, dirigentes de grandes organizaciones profesionales, políticos confesionales²¹.

El colapso de los metarrelatos y del lazo social y político moderno da lugar, en el pensamiento de Lyotard, al dominio nihilista del “sí mismo”, del “cada uno consigo mismo”, que no está aislado, sino atrapado en circuitos de comunicación, por los que pasan mensajes de naturaleza diversa. El individuo tiene poder sobre esos mensajes, ya sea que se encuentre en la posición de emisor, destinatario o referente; sus desplazamientos dentro de redes flexibles de juegos de lenguaje son tolerables por las reglas y reajustes que el sistema se provee, para mejorar su performance y en tanto lucha contra su propia entropía²².

Ya sea como relatos especulativos, ya sea como relatos de emancipación, lo que ha perdido credibilidad en la sociedad posmoderna han sido los metarrelatos, el hegeliano-marxista y el parsoniano²³. Sin embargo, Lyotard no demuestra esta crisis de los grandes relatos. No hace más que señalar sus desafíos externos, tecnológicos o narrativos. Su caracterización es todavía un pie forzado de la crisis del ideario moderno. Y esto ocurre porque en realidad Lyotard se adelanta al debate que se desarrollará en los ochenta, entre marxistas y posestructuralistas en torno a la modernidad.

El posestructuralismo es, en primer lugar, un discurso de y sobre la modernidad, aunque abre nuevas perspectivas y problemáticas, reinscribiéndose en las formaciones discursivas de nuestra época. Sus referencias teóricas son esencialmente modernas, desde Nietzsche hasta Benjamin. Las referencias al posmodernismo, como en Lyotard, brillan por su ausencia. La suya es una curiosa postura que pone en línea el marxismo con el estalinismo, pero separa el nihilismo nietzscheano del nazismo.

El posmodernismo opera en un campo de tensiones diferente. Este es un campo que se mueve entre tradición e innovación, cultura de masas y arte culto, que ya no puede ser captado por las categorías opuestas de progreso y reacción, izquierda y derecha, presente y pasado, abstracción y representación. Tales dicotomías centrales en el discurso moderno se habrían deshecho.

El resultado de la eclosión crítica posmodernista ha traído aparejado el surgimiento de nuevas temáticas y movimientos sociales que ya no pueden ser juzgados dentro de los criterios de la teoría social moderna. Según la opinión de Huyssen, el posmodernismo se manifiesta a partir de la emergencia de la problemática del “otro”, que en términos políticos da cuenta de la emergencia de cuatro fenómenos constitutivos de la cultura posmoderna: el desafío a la cultura imperialista de la modernidad ilustrada; el surgimiento del feminismo, que ha protagonizado cambios importantes en la estructura social y que ha provocado cambios en las actitudes culturales de vastos sectores de la población mundial relativas al sexo, la lectura, la subjetividad, etc; el movimiento ecológico, que se manifiesta en subculturas regionales, en nuevos movimientos sociales, en la literatura, etc; y la ampliación de la conciencia de que culturas no occidentales deben ser puestas en relación con ella²⁴.

La lectura de Huyssen importa una perspectiva positiva del posmodernismo, como fuerza liberadora tanto en el campo del arte, como en el campo de la política. Sin embargo, aunque esta es una visión posible, conviene advertir que el posmodernismo ya no se nos presenta solo como un movimiento estilístico, sino como un nuevo metarrelato que pretende convertirse en determinante cultural. El posmodernismo, que hasta los años setenta era la oposición extrauniversitaria y popular de la institucionalidad modernista, termina también institucionalizándose a mediados de esa década. Un efecto inmediato de este traslape es la formación de un mercado estético que presiona económicamente por la producción de artículos, donde la experimentación y la innovación alcanzan una posición estructural cada vez más sustancial. Tal es el caso del florecimiento de la arquitectura, cada vez más asociada a las transnacionales.

El posmodernismo se liga a las nuevas fuerzas hegemónicas del capital financiero, relación que esconde tras una aparente crítica a la modernidad industrial. En este sentido, compartimos la tesis de Fredric Jameson, cuando éste caracteriza la oleada posmoderna como “la expresión interna y superestructural de toda una nueva oleada del dominio militar y económico de los Estados Unidos en el mundo. En este sentido, como a lo largo de la historia de las clases, la otra cara de la cultura es la sangre, la tortura, la muerte y el terror”²⁵.

El posmodernismo supone muchas cosas que no podemos dejar pasar. La crítica de Lyotard a los metarrelatos, que ha sido traspasada al posmodernismo estadounidense bajo la forma del fin de las ideologías²⁶, no ha sido demostrada ni material ni argumentativamente y es, en el fondo, una nueva forma de ideología que se pretende ausente para juzgar la crisis de las demás. No es extraño que en América Latina este discurso posmoderno haya tenido tan buena acogida por los pensadores neoliberales²⁷.

El debate en Chile sobre la posmodernidad emergente

Ahora bien, ¿cómo responden los intelectuales chilenos al desafío planteado por el debate noroccidental sobre la modernidad?

El debate modernidad-posmodernidad ha calado hondo en una parte importante de los intelectuales chilenos dedicados a problematizar el momento actual del país, poniendo en entredicho las posturas y paradigmas tradicionales a partir de los cuales se ha construido el conocimiento en Chile.

Por ejemplo, para Nelly Richard el posmodernismo propone un montaje. Por una parte, postula un lugar descentrado del sujeto periférico, transformándolo en sujeto en crisis de centralidades por los particularismos, programas de micropolíticas zonales, tradiciones residuales y conocimientos subyugados. Todas ellas son diferencias que se reconocen en la posmodernidad para volver a indiferenciarse en una nueva y sofisticada economía de “lo mismo”, gracias a la massmediatización. Así entendida, la posmodernidad se precave de la otredad desestabilizante ya que el centro, aunque travista de desintegrado, no ha dejado de operar exclusivamente como tal²⁸.

Jorge Larraín, en tanto, no comparte la propuesta posmodernista, pues la considera una crítica ideológica que oculta las causas profundas de la crisis capitalista y desvía la atención hacia el proyecto racionalista moderno, lo que torna imposible la resolución de la crisis de fondo. Al acentuar las diferencias y discontinuidades, se ocultan los elementos comunes de la humanidad en la construcción del otro. Rehusan los posmodernistas validar sus proposiciones e implícitamente “asumen su propia validez absoluta y desde esta posición privilegiada juzgan a otras teorías, especialmente a las que defienden el proyecto de la modernidad”²⁹.

Lo paradójico en el posmodernismo es que si por un lado aprueba el surgimiento del otro diferente, por otro acepta la dislocación y el descentramiento de los sujetos, por la existencia de identidades contradictorias. De este modo, el posmodernismo reduce al otro a mera diferencia u oposición, lo entiende como un mundo inconmensurablemente distinto y no internalizado en el sujeto. Esto lleva, en la lectura de Larraín, a acusar una concepción esencialista de la identidad³⁰, porque al exagerar las diferencias el postmodernismo cae en el extremo de proponer un mundo inconmensurable racionalmente, que queda reducido a mundos discursivos específicos y cerrados. El juicio a la diferencia, unilateralmente planteado, fácilmente puede transformarse en un juicio de pureza y un deseo de excluir y de mantener la diferencia. Para Larraín, no es extraño que el posmodernismo no vea otra cosa que Europa y Estados Unidos como los lugares donde se puede producir bienestar individual y se subestime, por omisión, la capacidad de América Latina para usar la razón instrumental.

En este sentido, Larraín discrepa del análisis de Richard, por cuanto ella sostiene que el posmodernismo nos trata de convencer de la obsolescencia de las oposiciones centro-periferia. Pero cuando trata de aportar pruebas, los textos que propone no dan cuenta de tales distinciones, “sino que proponen una evaluación diferente de su significación”³¹, cual es la revaloración de la periferia. Por lo tanto, no son argumentos contra las distinciones. De este modo es difícil argumentar que el postmodernismo elimina las dicotomías modernas.

Una tercera interpretación nos la propone José Joaquín Brunner, en quien deseo detenerme un poco más, porque representa la línea de pensamiento que se ha vuelto hegemónica en las políticas culturales de los últimos gobiernos democráticos.

Por lo menos desde 1986, Brunner ha intentado convencer a su auditorio de que la modernidad “ha descentrado y fragmentado de tal modo la cultura latinoamericana que ella ya no puede producir una imagen conceptual y de identidad integrada de las sociedades, ni puede proporcionar en la práctica, un centro de cohesión y estabilidad a la economía, la política, la estructura social o incluso la nación y los mundos/de/vida individuales”³².

Para Brunner, América Latina reside desde hace largo rato en la modernidad, pero ésta ha fragmentado la cultura de tal modo que se hace difícil pensar “la radical novedad de esa experiencia”. Su propósito es entonces estudiar, en el proceso de modernización, el específico modernismo latinoamericano, para explicarse por qué éste le impide a América Latina “volverse sobre sí misma e identificarse”³³ como un específico moderno. Esta dificultad reside en “una heterogeneidad propiamente comunicativa: de los mundos de vida, de las tradiciones y constelaciones simbólicas que los rigen, de sus orientaciones disímiles y múltiples inarticulaciones”, lo cual lleva “a un reconocimiento fragmentario, a síntesis conceptuales nunca logradas, en fin, a la “insoportable levedad” de las palabras y los discursos que intentan perforar esa heterogeneidad”³⁴.

No se trata de una diversificación y síntesis cultural a partir de etnias, clases, grupos o regiones, sino de una participación segmentada y diferencial en un mercado mundial de símbolos y mensajes, cuya gramática subyacente es la hegemonía norteamericana sobre el imaginario mundial, que penetra en todos lados al entramado local de la cultura “llevando a una verdadera implosión de los sentidos consumidos-producidos-reproducidos y a la consiguiente desestructuración de representaciones colectivas, fallas de identidad, anhelos de identificación, confusión de horizontes temporales, parálisis de la imaginación creadora, pérdida de utopías, atomización de la memoria local, obsolescencia de tradiciones”³⁵.

Esto tiene consecuencias políticas claras. Para Brunner, la modernidad crea pautas integradoras, distintas de la tradición y de la religión, que van desde las formas de solidaridad formal a las de solidaridad orgánica. La cuestión es ver si los

procesos de heterogeneidad cultural hacen posible el funcionamiento y la integración normativa de los sistemas sociales. Coherentemente con esa diversidad cultural, una posibilidad sería que los sistemas de integración normativa impidan asegurar la gobernabilidad pero no la integración.

Brunner tiene otra visión. En su análisis, hay la posibilidad de ciertos grados de integración sobre la base de consensos locales, que ocupan uno o más ámbitos de la sociedad. En este sentido, el autoritarismo sería una forma de gobernar, de controlar la pluralidad de consensos, pero una sociedad sin consensos requiere organizar los conflictos y dar lugar a racionalizaciones instrumentales bajo la forma de “concertaciones de interés” y donde más que recuperar un orden político legitimado por un orden de valor, se construya otro que “refleje acuerdos sobre reglas de gobiernos capaces de concitar respeto y de evitar la guerra de todos contra todos”³⁶.

Tal hipótesis supone un descalce entre la cultura y la política. Pero esta suposición hay que demostrarla, ya que el problema resulta ser central, pues si reconocemos ese descalce, ¿es posible articular consensos políticos sin provocar procesos de homogeneización cultural? ¿Es posible negar la existencia de políticas oficiales de definición cultural?

Un intento de responder estas y otras interrogantes lo lleva a cabo Brunner en 1989³⁷. La modernidad aparece aquí como fuerza epocal, condicionando la autonomización del campo cultural, la profesionalización de los productores, la aparición de nuevas instituciones y medios de comunicación, y el surgimiento de una industria cultural asociada a la “cambiante combinación de los modos de producción cultural”³⁸.

La modernidad introduce la diferenciación. Todo se multiplica, se especializa, las redes de comunicación crecen, la producción se diversifica y se produce una división del trabajo simbólico. Es el proceso de heterogeneización cultural del que este autor nos habla en 1986, el que ahora incluye una característica nueva: la diversidad cultural se nos muestra como un proceso permanentemente contrarrestado por mecanismos “generadores de orden” de diversa naturaleza: o la cultura bajo el control de un solo y gran planificador, que se concreta en proyectos de socialización y resocialización totalizante, o la cultura bajo el control del mercado, en el que el régimen realiza una función excluyente y censora.

La modernidad plantea nuevos términos de relación entre campo/mercado/cultura cotidiana y entre esos factores y los demás campos que constituyen la sociedad. De modo que ahora ya no es posible explicar el desarrollo cultural contemporáneo con arreglo a ningún orden, sea éste la “nación”, la “clase”, la “religión”, ni de ningún otro tipo, por cuanto el imperativo weberiano de un orden supone la existencia de un centro desde el cual desfila un principio civilizador, hacia la periferia, y desde el fondo del tiempo hacia el futuro³⁹. La propia visión de progreso da cuenta

de una visión ordenadora de la historia cultural. ¿Por qué no es posible plantear el desarrollo cultural con arreglo a las diversas identidades particulares? Porque, para Brunner, carecemos de relatos:

Empiezan a no existir “relatos” que nos interpreten nuestra historia; pero ésta sigue adelante y nos vemos abocados, por fin, a asumirla con nuestras propias cabezas⁴⁰.

De pronto, se le ha ocurrido a Brunner que de la cultura latinoamericana no se puede hablar en forma sistemática. No hay otra forma que moverse en y con “la danza de los signos”, aunque también sea necesario analizar los textos de nuestra cultura dentro del contexto de producción, circulación y recepción en el que surgen⁴¹. La modernidad latinoamericana, nos advierte por otra parte, “no es hija de las ideologías, sino del despliegue de la escolarización universal, de los medios de comunicación electrónicos y de la conformación de una cultura de masas de base industrial”⁴².

Aquí ya podemos apreciar, en la evolución de su pensamiento, algunas líneas de desarrollo diferenciado, que es preciso anotar para no perderse. En primer lugar, si en 1986 Brunner todavía reconocía la existencia de una modernidad periférica y por lo tanto, de una modernidad internacionalmente centrada, en 1990 se ha pasado a la vereda opuesta ¿Qué ha provocado ese vuelco? En el nivel intelectual, no son muchas las pistas que permiten registrar las razones y todas han sido explicitadas aquí. Me parece que lo central en este descentramiento cultural es el desplazamiento conceptual de Brunner desde una posición sociológica de corte weberiano hacia una postura más posestructuralista, que tiende a difuminar los centros de poder-saber en distintas capilaridades diseminadas al interior de la sociedad. Lo interesante es que este argumento no le impide reconocer el liderazgo de la industria cultural a la que, todavía en 1989, reconocía como ordenada por patrones internacionales, principalmente forjados en los Estados Unidos. Y hay más. En 1992, Brunner sostenía que

las sociedades latinoamericanas han llegado a ser modernas porque, al igual que el resto de Occidente y parte importante de la humanidad no-occidental, viven en la época de la escuela, la empresa, los mercados y la hegemonía como forma de configurar el poder y el control. En todas ellas, aunque bajo distintas formas y en grados también diversos, predominan el capitalismo, la cultura de masas, hegemonías mediadas por sistemas de consenso y el interés corporativo de los empresarios, incluso en el campo público-estatal⁴³.

Es interesante observar que Brunner insiste aquí en reconocer que la incorporación a la modernidad no es un puro acto de recepción. Para Brunner, se trata más bien de “un complejo y diferenciado proceso de construcción del entramado

institucional de la modernidad hecho desde las peculiares condiciones de cada sociedad, con sus propias tradiciones, formas de organización, repartición del poder y evaluación cultural”⁴⁴. De modo que tal incorporación entraña contradicciones: patrimonialismo y democracia, capitalismo periférico y cultura de masas, filósofos positivistas y caciques precolombinos, poesía simbolista y analfabetismo, globalización mercantil y pobreza, etc.

En este trabajo, Brunner intenta desenmascarar y combatir la idea de que la modernidad supone patrones uniformes de difusión y de articulación a nivel político, económico y social. En el campo político, observa que el sistema de clases todavía no ha logrado ser desacoplado de la esfera política, ni ésta ha podido organizar los medios automáticos de consenso y disciplinamiento que socialmente están en la base de los mecanismos de representación y competencia democrática. En estas condiciones, no existe hegemonía estatal, sino hegemonías particulares “y un constante deslizarse de la política hacia la represión y la guerra”⁴⁵. No se trata de violencia premoderna, sino de un fenómeno de “modernidad bloqueada” en el control hegemónico, de modo que los poderes fácticos se expresan sin intermediación reguladora.

En el campo económico, nos dice que América Latina está estructurada bajo la forma de la producción capitalista periférica, inserta en los mercados internacionales. Ahora, nada de esto le impide admitir que la modernidad en América Latina no solo es completa, sino que incluso más: “ni la pobreza masiva, ni la exclusión social, ni la heterogeneidad cultural configuran, desde ningún punto de vista, una situación de sociedad tradicional o premoderna”⁴⁶, aunque sí reconoce que la situación económica y tecnológica de América Latina en el concierto global es precaria. Por ello, propone:

Sólo una profunda transformación productiva –una nueva manera de trabajar, producir y organizar a la sociedad económica– orientada hacia la generación y profundización de las capacidades necesarias para participar en la economía globalizada puede recomponer las bases sobre las que se sustenta el desarrollo de nuestras sociedades y abrir las puertas hacia una participación más activa en la modernidad⁴⁷.

En 1998, Brunner nos ofrece otra perspectiva para poder entender su progresión mental de reconocimiento de las peculiaridades de la modernidad en América Latina⁴⁸. Nuestra impresión es que hasta 1991 o quizás hasta 1994⁴⁹, no había logrado resolver las contradicciones que tiene su análisis de la modernidad cultural en América Latina, particularmente en lo referido al problema de la diferenciación de una cultura de masas, sus relaciones a nivel interno con la política y sus relaciones a nivel externo con un centro hegemónico mundial: la cultura popular estadounidense. En *Globalización cultural y posmodernidad*, en cambio, nos propone una síntesis,

una solución a partir del reconocimiento de las características de la globalización del capitalismo mundial y de su correlato cultural, denominado posmodernidad:

Mientras el concepto de globalización procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y de las redes de información, la idea de posmodernidad pretende expresar el estilo cultural correspondiente a esa realidad global. En consecuencia, el de una cultura por necesidad descentrada, movable, sin arriba ni abajo, hecha de múltiples fragmentos y convergencias, sin izquierdas ni derechas, sin esencias, pluralista, auto-reflexiva y muchas veces ironista respecto a sí misma⁵⁰.

Brunner nos propone, siguiendo a Marx y a Bell, que la era del capitalismo industrial toca a su fin, gracias a que el mundo ha entrado en un nuevo ciclo, organizado en torno a la electrónica, la informática, la robótica y la biotecnología. De modo que ahora ya no hay industrias y estas áreas ya no se mueven por las lógicas de producción capitalista. Emerge, para Brunner, una sociedad articulada por el conocimiento, gracias a la conexión cada vez más estrecha entre avance tecnológico-científico y su aplicación a la esfera de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios.

En este proceso, Brunner observa que el mercado es el lugar donde el capitalismo produce un encuentro entre la cultura y el orden técnico-económico: “El propio mercado se ha convertido así en la principal agencia del capitalismo y no ya los determinados actores que luchan por su establecimiento, control y expansión”⁵¹. Esto lleva a la liberación del consumo, que se convierte en el motor de la producción y al surgimiento de ‘relaciones puras’, ‘postradicionales o posnormativas’, lo que crea un mundo pluralista, electivo y contractual de posibilidades que pueden ser tomadas sin referencia a vínculos culturales modernos, como la familia, la clase, la religión, etc. :

En esas condiciones, las relaciones tienen que inventarse, convenirse y mantenerse sin el apoyo de estructuras soportes. Valen no la tradición y la norma, sino el compromiso y la autenticidad⁵².

Desde esta perspectiva, Brunner nos ofrece una visión que apela más a los contextos que a los textos, a las visiones de mundo más que al mundo. La realidad pierde su valor en sí. Lo que le interesa ahora son los lenguajes que la constituyen y le comunican lo que a él le interesa. Por eso se ha preocupado hasta ahora de las industrias culturales: son ellas las que producen los signos, las visiones de mundo y transmutan el lenguaje en realidad. El complejo industrial massmediático está en proceso de convertirse en la realidad misma, en el eje de una nueva estructuración de

la conciencia del mundo. En ese nuevo mundo ya no valen los ordenadores discursivos clásicos: las clases, las religiones, incluso las ciencias, han perdido su valor explicativo. Es un mundo sin metarrelatos, sin metanarraciones. Y esta es una característica de la experiencia típicamente posmoderna: la experiencia de que todo se reduce a situaciones, a juegos de lenguaje, cuyo sentido es difícil captar.

La posmodernidad ahora se nos ofrece como una síntesis cultural de la universalización de los mercados y el avance del capitalismo mundial, de la difusión del modelo democrático como forma ideal de organización de la polis y de la revolución de las comunicaciones que lleva a la sociedad de la información. De este modo, Brunner nos dice que la posmodernidad “es la manifestación de la cultura de la civilización material emergente. Es su arquitectura espiritual. Su lenguaje y su autoconciencia. Por ese concepto, ella incide, a su vez, sobre la economía, la política y las relaciones sociales. Alimenta los mercados, proporciona el clima moral y estético de la política y contribuye a conformar el escenario de nuestras ciudades”⁵³.

¿Qué es ser posmoderno para Brunner? La posmodernidad significa, primeramente, pertenecer a un mundo que se aleja de cualquier territorio conocido: de Dios, de la historia, de la razón, del progreso, de las luces, de los imperios, de las utopías. En segundo lugar, es contribuir a desconstruir, deshacer, todo lo que queda o resta del viejo mundo. Tercero, es simpatizar con la idea de que ya no existen los conceptos que contribuyeron a forjar el proyecto moderno. Ya no hay sujetos, totalidad, progreso, racionalidad, emancipación, desarrollo, ciencia. Cuarto, es un clima generalizado de vaciamiento de sentidos, de configuración del mundo como una intrincada red de textos que remiten a micronarraciones. Quinto, ser moderno es comprender que el futuro ya no existe o bien, como dice Baudrillard, que ya ha arribado. Finalmente, es aceptar radicalmente que las distintas esferas culturales forman parte del espíritu de época a igual título y son igualmente legítimas representaciones de él⁵⁴.

Para Brunner, es efectivo que la globalización y la posmodernidad tienen mucho que ver con la potencia rectora del sistema capitalista mundial. Pero en vez de enfrentar esta visión con una postura crítica que potencie posibilidades de desarrollos diferentes, Brunner entra en las matizaciones, en las caracterizaciones elusivas. Para Brunner, Estados Unidos opera como centro irradiador de valores y cultura, como siempre ha ocurrido en la historia, pero reconoce que hay una interacción mayor entre las sociedades en desarrollo y la cultura central o hegemónica, a partir del reconocimiento de contribuciones literarias, musicales, teleseriales, cinematográficas, etc.⁵⁵

En el Brunner de 1998, hablar de modernidad es hablar del pasado, de un vago recuerdo de una realidad pretérita: “Era un mundo más ordenado y jerarquizado”, nos dice no sin cierta nostalgia, “con bloques bien dispuestos y mapas cognitivos sólidamente estructurados”⁵⁶.

La consecuencia de esta transmutación es que ya la política no tiene dónde afirmarse. Mientras se refugia en el Estado, donde adopta una forma de *management* público de la complejidad, “el espíritu y la sensibilidad de las masas se encarnan por el contrario en nuevas configuraciones, tales como estados de opinión, ondas de emoción colectiva, pasajeros movimientos sociales, modas político-intelectuales, carismas mediáticos, electorados volátiles [...] En la misma mediada en que desaparece el lazo orgánico provisto por la ideología, la política emigra y cambia de lugar”⁵⁷. Pero, ¿adónde emigra?

La política termina siendo subsumida por las comunicaciones, de modo que la democracia se trasvasija por la vía de las encuestas de opinión. Brunner nos promete el reino de una nueva democracia, que no requiere de nosotros más que el voto a distancia, el voto telemático, el ideal de toda comodidad: “Es el reino de las mayorías silenciosas; ese monstruo lábil e insidioso, de mil cabezas, que se deja halagar y luego muere, que un momento se doblega frente a la manipulación y al siguiente se muestra hostil y desbarata cualquier previsión”⁵⁸. Así, la política queda entrampada en un dilema posmoderno: o se convierte ella misma en una práctica comunicacional de seducción, o se constituye en otro sistema experto adicional de la sociedad, sustrayéndose de todo escrutinio público. En nuestra opinión, este dilema en realidad no existe, pues lo que Brunner nos ofrece aquí es una visión falaz de la democracia y de la política, como meros resultados de una fuerza epocal posmoderna.

Según Brunner, el proceso de globalización pone en duda la subsistencia del Estado tal como existe hoy. El Estado moderno, entendido como “un mecanismo burocrático de control y coordinación respaldado por el monopolio de la fuerza y la ideología nacional que a través de él se expresa resulta insuficiente e ineficaz ante la presencia de fenómenos desterritorializados”. ¿Qué propone entonces? ¿Más regulación, menos aperturismo? Brunner no se arriesga. Elude la fijación de posiciones, limitándose a señalar que éste es un proceso contradictorio a nivel mundial, a la vez que reconoce la existencia de Estados que aún no han logrado consolidarse en cuanto tales.

Algunas reflexiones finales a modo de conclusión

En las páginas que anteceden hemos hecho una síntesis de los posicionamientos centrales en la construcción de una tríada discursiva cada vez más dominante y hegemónica y cada vez menos contrarrestable en Chile. Hemos puesto en evidencia los textos y los discursos a través de los cuales se pueden observar los préstamos y los rechazos, las alianzas y los enfrentamientos, en el entramado de las diferentes lecturas que desde Chile y América Latina comienzan a emerger para tratar de explicar y entender el mundo de los flujos continuos y de la disolución de (ciertos) sujetos que vivimos actualmente.

En esta síntesis, nos ha parecido relevante develar una raíz conceptual, que permite al mismo tiempo levantar la visión de una totalidad avasalladora (sea en su perspectiva optimista, sea en la escéptica) respecto de la cual al sujeto no le queda más que seguir el ritmo del momento, la danza de los signos, o un encerrarse en sí mismo, desconectarse del mundo para reconectarse a través del hiperespacio.

La ausencia de propuestas es un hecho evidenciable no solo entre los optimistas tecnológicos, sino con mayor razón, entre los detentadores de una posmodernidad anómica, carente de sentidos. Tales no-propuestas lo único que hacen es reproducir las certezas desideologizadas y despolitizadas, del capitalismo neoliberal, al mismo tiempo que perpetúan conservadoramente los mecanismos de control social de las poblaciones. Jamás han existido tantos recursos como ahora a favor de la reproducción de las desigualdades sociales y de la mantención del sistema político. Y lo que hace tan eficaz al escepticismo posmoderno neoliberal es que toda propuesta transformadora queda desterrada a ser reciclada como programas focalizados de reformas subsectoriales.

Reconozco que, por detrás de esta imagen, pudiera estar construyéndose un leviatán más monstruoso de lo que el discurso aparenta. Pero he rehuido conscientemente las teorías de las conspiraciones universales, de los complots globales. Con todo, subsiste la idea de que para su reproducción la globalización posmoderna y neoliberal requiere mantener y no resolver las desigualdades.

En ese terreno al menos, lo que existía aún existe.

NOTAS

- ¹ Baudrillard, Jean. *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona. Anagrama, 1995, p. 11.
- ² Touraine, Alain. *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica, 1994.
- ³ Hopenhayn, Martín. "Identidad diseminada-identidad desintegrada: opciones abiertas" en [HTTP://www.sesegob.cl/Rev21](http://www.sesegob.cl/Rev21), p. 3.
- ⁴ Castells, Manuel. *La era de la información*. México. Siglo XXI, 1999, p. 473.
- ⁵ Chonchol, Jacques. "Formas y consecuencias de la globalización" en Varios autores. *Globalización, modernización y equidad en América Latina*. Santiago de Chile. Cuadernos ARCIS- LOM, N° 5, 1997, p. 99.
- ⁶ Citado en CEPAL. *La Crisis urbana en América Latina y el Caribe: reflexiones sobre alternativas de solución*. Santiago de Chile, 1989, p. 150.
- ⁷ *Op. cit.*, p. 93.

- ⁸ Skidmore, Thomas y Peter Smith. *Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*. Barcelona. Crítica, 1996, p. 68.
- ⁹ Aureliano, Liana María. "Nuevas relaciones centro-periferia, consecuencias sociales y políticas" en *Globalización, modernización y equidad en América Latina*, 28.
- ¹⁰ Bauman, Sigmund. *La globalización*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica., 1999, p. 70 y ss.
- ¹¹ *Ibíd.*, 90.
- ¹² Santos, Milton. *De la totalidad al lugar*. Barcelona. Oikos-Tau, 1996.
- ¹³ Chonchol, Jacques. *¿Hacia dónde nos lleva la globalización? Reflexiones para Chile*. Santiago de Chile. LOM, 1999.
- ¹⁴ Huysen, Andreas. "Guía del posmodernismo" en Nicolás Casullo, ed. *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires. El Cielo por Asalto, 1993, pp. 281- 287.
- ¹⁵ *Ibíd.*, p. 283.
- ¹⁶ Con diferencias significativas en su interior, cabe destacar dentro de este movimiento marxista antiposmodernista a Jürgen Habermas. *El discurso filosófico de la modernidad (doce lecciones)*. Madrid, Taurus, 1993; y Terry Egleton. *Las ilusiones de la posmodernidad*. Barcelona. Crítica, 1998. Una versión estadounidense de este mismo movimiento en Fredric Jameson. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid. Trotta, 1998.
- ¹⁷ Habermas, Jürgen. "Modernidad: un proyecto inacabado" en *op. cit.*, p. 135.
- ¹⁸ Bell, Daniel. *La sociedad posindustrial*. Madrid. Alianza, 1977.
- ¹⁹ Habermas. "Modernidad: un proyecto incompleto", 136.
- ²⁰ Lyotard, Jean François. *La condición posmoderna*. Madrid. Cátedra, 1989, p. 10.
- ²¹ *Ibíd.*, 35. Una versión chilena de esta caracterización en Tomás Moulián. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile. LOM, 1998, p. 36 y ss.
- ²² *Ibíd.*, p. 37.
- ²³ *Ibíd.*, p. 65.
- ²⁴ Huysen. *Op. cit.*, p. 310- 312.
- ²⁵ Jameson. *Op. cit.*, p. 27.
- ²⁶ Fukuyama, Francis. "El fin de la historia y el último hombre" en *op. cit.*, p. 12.
- ²⁷ Un ejemplo es Arturo Fontaine en "¿Qué es lo postmoderno?". *Revista de Estudios Públicos*, 42 (1989).
- ²⁸ Richard, Nelly. *La estratificación de los márgenes. Sobre arte, cultura y política/s*. Santiago de Chile. F. Zegers, 1989, p. 45.
- ²⁹ Larraín, Jorge. *Razón, Identidad y modernidad en América Latina*. Santiago de Chile. Andrés Bello, 1996, p. 60.
- ³⁰ *Ibíd.*, p. 194.
- ³¹ *Ibíd.*, p. 195.
- ³² Brunner, José Joaquín. *Los debates sobre la modernidad y el futuro en América Latina*. Santiago de Chile. FLACSO, Documento de Trabajo N° 293, 1986, p. 3.
- ³³ *Ibíd.*, p. 18.
- ³⁴ *Ibíd.*, p. 19.

- ³⁵ *Op. cit.*, pp. 39-40.
- ³⁶ *Ibíd.*, pp. 49- 50.
- ³⁷ Brunner, José Joaquín, Alicia Barros y Carlos Catalán. *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. Santiago de Chile. FLACSO, 1989.
- ³⁸ *Ibíd.*, p. 203.
- ³⁹ Brunner, José Joaquín. *Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana*. Santiago de Chile. FLACSO. Serie Educación y Cultura, N° 4, 1990, p. 3.
- ⁴⁰ *Ibíd.*, p. 5.
- ⁴¹ *Ibíd.*, p. 8.
- ⁴² *Ibíd.*, p. 17.
- ⁴³ Brunner, José Joaquín. *América Latina en la encrucijada de la modernidad*. Santiago de Chile. FLACSO. Serie Educación y Cultura, N°22, 1992.
- ⁴⁴ *Ibíd.*, p. 20.
- ⁴⁵ *Ibíd.*, p. 26.
- ⁴⁶ *Ibíd.*, p. 27.
- ⁴⁷ *Ibíd.*, p. 28.
- ⁴⁸ Brunner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago de Chile. Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ⁴⁹ Nos referimos a su obra *Bienvenidos a la Modernidad*, que es una recopilación de artículos referidos a distintos aspectos de la modernidad.
- ⁵⁰ *Op. cit.*, pp. 10- 11.
- ⁵¹ *Ibíd.*, p. 73.
- ⁵² *Ibíd.*, pp. 75- 76.
- ⁵³ *Ibíd.*, pp. 29-30.
- ⁵⁴ *Ibíd.*, pp. 51-56.
- ⁵⁵ *Ibíd.*, p. 156.
- ⁵⁶ *Ibíd.*, p. 17.
- ⁵⁷ *Ibíd.*, pp. 24-25.
- ⁵⁸ *Ibíd.*, p. 114.